

ODAS DE HORACIO

NUEVA VERSIÓN

PREFACIO

En estos días propicios al *decadentismo*, en que no hay audacia nerviosa contra la lengua, el ritmo y el sentido común que no encuentre aplaudidores, parecerá temeridad y anacronismo, á muchos incomprendible, intentar una traducción del clásico Horacio en versos serenos, libres de agitaciones epilépticas, y exentos de modernísimos espejeos.

El exceso en la acción invita á la saludable reacción, y, cuando la Musa joven y desenfadada, se lanza sin brújula á lo desconocido, no hay mal en presentar á su contemplación los claros modelos que nos legó la antigüedad, ya sea en las odas de Horacio, ya en las estatuas inmortales del arte helénico, ó bajo cualquiera de las formas clásicas divinizadas en las Musas.

La estatua, para los que no pueden admirar el original mismo, suele reproducirse ya en mármol ó bronce, ya en artístico dibujo, en el lienzo ó en la placa fotográfica. La copia, buena ó mala, siempre da idea del modelo, aún cuando no nos transmita la im-

presión de agrado y asombro que se siente contemplando el original.

El traslado en poesía es más dificultoso, pues hay que atender á dar idea de la forma externa y del espíritu de la obra, á fin de producir una sensación poética idéntica a la del original.

Traducir verso á verso y palabra á palabra no es traducir, pues, aún cuando así se reproduzca la corteza, faltará el alma, la intención, la realidad del pensamiento primitivo. Las traducciones *ad litteram*, engañosamente fieles, carecen del *quid divino* de la obra del poeta.

Atenerse al espíritu dominante de la obra sin curarse de sus rasgos geniales y característicos, tampoco es traducir. Cuando el traductor suprime, modifica y agrega á sabor, lo que hace es *parafrasear*, bordar sobre el mismo tema en telar ajeno, componer en colaboración forzada.

Atender á la vez á esas dos condiciones, la material y la ideal, y discretamente fundirlas en una, es requisito indispensable de la buena traducción.

Tampoco puede faltar la corrección en el lenguaje, ni la claridad de expresión, ni el verso fluído y musical, condiciones que no deben sacrificarse en aras de la fidelidad chinesca, donde algunos inmolan a Horacio.

El poeta argentino don Bartolomé Mitre, Arcade de Roma, ha traducido *ad litteram* las Odas del gran lírico latino; pero, á pesar de su ilustración y renombre, no ha conseguido presentarnos frescas y olorosas las flores del Ofanto. El herbario comprimido y marchitado, da pálida idea del jardín donde sus plantas florecieron. Prueba esto que el método de disección poética *ad litteram* no es bueno, ya que tal empresa y en tales manos no dió mejores frutos.

Pruébalo también la pobrísima idea que tiene el ilustre General de todos los traductores de Horacio en la redondez del orbe. A todos los rechaza por ampulosos, por infieles, por no ajustarse á su sistema literal, único que estima aceptable. Conoce hasta 165 poetas entre españoles i americanos, que se han ejercitado durante siglos en traducir las Odas del vate venusino, y cree que entre todos apenas si han producido una docena

de composiciones dignas de ser leídas, y estas mismas, aún cuando se las cite como dechados insuperables, en realidad, "no están exentas, agrega, de defectos de forma ó de fondo."

Borra á todos los poetas castellanos que acometieron la ardua empresa, y sólo deja en pie á Fray Luis de León y á Burgos; pero, declarándolos medianos y no exentos de tachas. En cuanto á los demás traductores de España, piensa de ellos con Menéndez y Pelayo, que "no pueden leerse juntas dos de sus composiciones sin dormirar y sin dejar caer el libro de las manos!" Menéndez, no obstante, suele hacer merecidos y aún exagerados elogios de diversas de estas obras, y llega á decir que "traduciendo á Horacio no se puede exceder á Moratín en penetración del espíritu horaciano y en pureza de forma." Sin duda que el ilustre santanderino no quiso en esta ocasión caer envuelto en su propia sentencia, cuando observa que "achaque es común á cuantos traducen una obra clásica desacreditar las traducciones anteriores". A juicio del mismo autor, el Horacio de Burgos "es el libro que más honra á nuestros latinistas, la mejor traducción de clásicos que poseemos; quizá la mejor de cuantas se han hecho de Horacio en lenguas neo-latinas, y por todos concepto una de las joyas más preciadas y envidiables de nuestra moderna literatura."

La severidad del señor Mitre no es menor para los traductores extranjeros de Horacio. No encuentra uno solo perfecto, y capaz de llenar las condiciones que él mismo exige y recomienda, de modo que "la versión poética y literal del texto parezca pensada en latín y escrita en castellano."

La crítica maligna ha dicho en despique, con notoria injusticia, que el General no predica con el ejemplo, pues que sus traducciones ni están pensadas en latín ni siempre escritas en la lengua de Cervantes.

Para el ilustre y severo crítico argentino, "la primera condición de acierto es verter literalmente el texto palabra por palabra, ajustándose rigurosamente á él" "operación mecánica, casi nunca observada por los traductores" dice, y sólo buena, en nuestro humilde juicio, para ejercitar á los estudiantes de latinidad, mas no para satisfacer el espíritu de los hombres de buen gusto.

Viene en seguida la operación mental, ó traducción poética, desquiciadora de la operación mecánica casi siempre. Esta debe ser en metro idéntico al original y en el mismo número de versos, si es posible. "Teóricamente, agrega, el problema se resuelve vaciando la traducción en el mismo molde del original, y reproduciendo con sus formas propias, su verdadero sentido, con sus mismas palabras esenciales ó características, *sin omitir ningún detalle.*"

Es demasiado pedir, más de lo posible; y es olvidar lo principal, el efecto estético, la sensación poética, lo que Horacio aceptaría como obra de su espíritu.

Para comprenderlo así, basta considerar, que el latín, lengua sintética, expresa sus ideas con menos palabras que el castellano, lengua analítica.

Este usa á cada paso verbos auxiliares, artículos y preposiciones, desconocidos en la lengua del Lacio, y así es que el castellano ampuloso, al ser vaciado en los moldes latinos por fuerza tiene que rebalsar y desbordarse. Entonces, para llenarlos al justo, ó se omiten algunas circunstancias ó se omiten palabras, produciendo oscuridad en el lenguaje y dureza en el verso, el cual debe ser fluído, cadencioso y claro.

La concisión latina tiene que llegar á la amplitud castellana para encontrar su genuina expresión en nuestra lengua, tanto más si se considera que carecemos de la libertad de giros característica de toda sintáxis sintética, como es la latina.

Si á pesar de estas notorias divergencias pretendemos forzar nuestra lengua á los giros y literales equivalencias prescritas, resultarán otros defectos inevitables, y así es como se llega á esas traducciones en verso castellano, cuyo menor defecto es no estar en castellano ni en verso, y á veces tan alambicadas y oscuras que carecen hasta de sentido.

Los metros latinos tampoco se corresponden con los ritmos castellanos, excepción hecha de la elegante estrofa sáfico-adónica, y es una ilusión en que muchos han fracasado, pretender buscarles equivalencias. Menos justificada aún es la pretensión de que la traducción de una Oda de Horacio ha de tener igual número de versos que el original. *Qui bono?*

Creo oportuno recordar en esta ocasión que antes no faltaron

quienes bregasen por realizar la misma empresa de traducir á la letra del latín ó el griego al castellano, lo que podrá verificarse de una lengua moderna á otra moderna, si ambas son de forma y fuente común como las llamadas romances ó neo-latinas, ó de una lengua sintética en otra también sintética; pero, no entre dos lenguas de diversa estructura gramatical é índole idiomática distinta. Menéndez y Pelayo recuerda un Horcasitas que ahorcó á Horacio verso á verso, y á otro don Rafael José de Crespo, quien extremando la cosa, lo traducía *en menos sílabas* que el original, de donde resulta una puerilidad ilegible, como son esos poemas bilingües y trilingües que al fin no están escritos en ninguna lengua.

Lo que se busca es el efecto estético, y ello no se consigue sin que todos los elementos considerados contribuyan armónicamente al agrado del lector.

No sólo se dará idea fiel del original, sin exageración, sino que, empleando toda la libertad compatible con la corrección, la propiedad y la buena construcción castellana, debe procederse á vaciar el modelo en fáciles y melodiosos versos, sin preocuparse del número de estrofas y de sílabas, ni de nimios detalles accesorios.

Se necesita hacer obra de poeta y no de obrero mecánico; labor de hombre y no de hormiga.

Cuántas veces el pintor que copia la naturaleza no produce con cuatro audaces pinceladas el efecto que desea. Sería inaceptable exigirle que pintara el seno de una rosa pétalo á pétalo, el cabello de una virgen hebra á hebra, y una á una las hojas del bosque, por que así se ven en la fotografía y así están en la naturaleza. La razón es cierta: aceptadla, y matáis el arte.

El traductor, si es poeta, procederá como el pintor.

El defecto de los traductores españoles suele consistir en la ampulosidad.

Toman la idea y la diluyen en la hojarasca de sus propios conceptos, atenuando su valor primero y alejándose así de la sobriedad y concisión características de Horacio. Por este camino llegan á la paráfrasis, vicio opuesto al de la versión á la letra. Estos son el Scila y Caribdis de los traductores, entre los

cuales es menester singlar á oídos tapados como el sagaz Ulises.

Eso he procurado cuando á mi turno he querido como tantos otros tentar la traducción de Horacio, alentado, mas no escarmentado con el ejemplo ajeno. Hícelo ajustándome al original en lo que era dable, sin aquel rigor intransigente, repujado á martillo, que otros apetecen, y tratando de inspirarme en el espíritu del poeta de Venusa para no traicionarlo. Por eso he procurado conservar su sobriedad de expresión, sus imágenes, sus rasgos característicos y su decoro poético, lamentando no tener la lengua ni el estro de Fray Luis para acertar en mi empresa.

En una palabra, he aspirado á producir una impresión horaciana con elementos modernos, aún cuando no siempre lo consiga.

Presento en seguida algunas Odas traducidas en la forma dicha, y ellas mismas, si no perecen en la demanda, se encargarán de abrirse camino por el mundo, acreditando con el ejemplo mi concepto de las traducciones correctas.

De algunas de ellas he hecho hasta diez versiones, todas distintas. El bronce de otras ha corrido fácilmente llenando los moldes latinos sin esfuerzo. En otra ocasión daré á luz una nueva versión de las Odas que hoy presento, en la cual aparecerán vestidas con más libertad y holgura, mas sin ultrapasar los límites de la buena traducción, como yo la estimo (1).

* * *

Para esclarecer la idea de mi manera de traducir á Horacio, y de lo que entiendo por mayor libertad en su traslado, elijo la más breve de sus Odas.

Es una invocación á Venus que hace el poeta, rogándola que concorra á la fiesta amorosa y libre que prepara Glicera en su retrete convertido en templo para recibir á la diosa con su cortejo, el Amor, las Gracias, la Juventud y el discreto Mercurio.

(1) Ya se publicaron por la Imprenta Moderna, en un tomito que acaba de aparecer.

Este delicadísimo camafeo romano de aire helénico, no ha tenido entre los españoles quien acierte á reproducirlo, según la aseveración del docto Mitre.

Las dos versiones más que para muestra ofrezco de traducción textual y traducción libre, van en seguida.

Hé aquí la más literal:

I

Reina y señora de Gnido y Pafos
tu delicioso nido cipreo
deja, y acude donde te invoca
Glicera bella, quemando incienso.

Contigo el ciego Cupido vaya;
vayan las Gracias, los cintos sueltos;
vayan las Ninfas, y al par con ellas
Juvencia loca y Hermes discreto.

Tal es la brevedad del original parquísimo en detalles, reducidos á veces á un solo epíteto. A pesar de esta sencillez, es posible, sin faltar al espíritu del autor, dar otro giro á su concepto, conservando el fondo y variando los detalles, como se ve en seguida.

II

Reina de Gnido y Pafos,
¡Oh, Venus Citerea!
deja tu ciprea concha
y ven donde Glicera.

En su pequeño templo
incienso á tí te quema,
te invoca enamorada
y adoración te ofrenda.

Contigo venga el niño
de las temibles flechas,
y síganle las Ninfas
para alegrar la fiesta.

Las desceñidas Gracias
lleguen también; con ellas
Juvencia, fresca y grata
como una aurora, venga.

Y, el índice en los labios,
Mercurio esté á la puerta,
velando los misterios
de la feliz Glicera.

Ambas traducciones encarnan la idea del poeta, ambas con igual fondo, varían en los detalles secundarios, y en la versificación; pero, están llamadas á producir la misma impresión poética que el original de Horacio. Una forma no excluye á la otra.

Sin alejarse mucho del modelo cien formas nuevas pueden dársele aún, como puede verse en estas otras variantes:

III

Reina de Gnido, diosa de Pafos, Venus Ciprea,
deja tu puerto lleno de encantos y de delicias,
hoy que te llama Glicera hermosa, ven, Citerea,
y no le niegues dulces caricias.

Ven do te aguarda prendiendo aromas, ardiente y bella,
ven do te invoca, junto á tus aras, con dulces preces.
Su alcoba en templo se ha convertido: te adora en ella,
como ella sabe, cual tú mereces.

Venga contigo Cupido-armado; con él radiosas
vengan las Ninfas cantando ledas y enamoradas;
suelos los cintos, lleguen las Gracias vertiendo rosas
cual las que nacen de tus pisadas.

Llegue segura, que aquí se guarda letal secreto,
Juvencia ardiente, con su alegría, con sus candores:
—¡De los misterios prended las luces: Hermes discreto
guarda la puerta de los amores!

Este metro modernísimo no es clásico, como lo es la estrofa
sáfico-adónica en que se puede verter jugando esta pequeña Oda.

IV

Reina de Pafos y de Gnido, O Venus,
tu Chipre amada y deliciosa deja,
y hoi, á los ruegos de Glicera acude;
ven á su fiesta.

Brilla su alcoba convertida en templo,
tierna te llama, enamorada y bella,
grato perfume en braseros de oro
quema en tu honra.

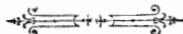
Venga contigo el ceguezuelo armado;
sigan sus pasos amorosas Ninfas;
vengan las Gracias con los cintos sueltos,
libres y airosas.

Llegue Juvencia esplendorosa y franca,
y dé á la fiesta del amor su encanto;
Venus, presida los misterios, y Hermes
vele á la puerta.



Siguiendo la costumbre por otros establecida, como punto de referencia, al lado de cada oscura traducción mía presentaré las más famosas versiones castellanas de la misma Oda, que así se aquilata el gusto, se afirma el criterio, y se resarce á los lectores evitando que "el libro se les caiga de las manos."

Si á pesar de la abrumadora comparación con los grandes modelos, estos pobres versos de un mal latinista llegan á hallar fortuna, puedan ellos algún día servir de contribución al HORACIO AMERICANO.





TRADUCCIONES

I

A la Nave que lleva á Virgilio

(Lib. I, Oda III)

Sic te diva.

¡Guénte, O Nave, la divina Venus
y los astros lucientes
de Helena hermanos! Que benigno Eolo
guarde los vientos, y las brisas suelte
blandas para Virgilio, á tí confiado!
Llévale á Atenas la famosa, y salvo
vuélvele, O Nave, á mi cariño, mira
que es la mitad de mi alma.

De roble duro y triplicado bronce
sin duda el pecho fué de quien primero
en leño tosco se arrojó á los mares:
no se curó del Ábrego
con el ronco Aquilón en lucha fiera;
ni de las tristes Híades;
ni del Noto furioso
enseñoreado de la mar Adriana,
donde subleva las cerúleas ondas
y á su querer las calma.

No hay género de muerte que intimide
á aquel que pudo con serenos ojos
ver los monstruos surgentes
del piélago profundo, y los siniestros
escollos del Epiro.

En vano Jove pródigo interpuso
el océano inmenso
entre los apartados continentes:
con temerario arrojo
naves impías el abismo salvan!

Sin límite á su audacia, el hombre, altivo
tras lo vedado corre:
¡Nefando violador, nada le arredra!
El fuego sacro al cielo
audaz el hijo de Japeto roba
y á las gentes lo entrega.
Mas, tras el dón funesto, pestes lívidas
y males nunca vistos
cayeron en legión sobre la tierra;
y la Muerte, antes lenta y perezosa,
aceleró su paso.

Dédalo ensaya al aire
alas que fueron al mortal negadas;
y hasta en el reino fúnebre
al ténébre Aqueronte vence Alcides.

Al hombre nada es arduo:
insensato provoca al Cielo mismo!
Jove, por culpa nuestra,
su rayo vengador jamás depone.

OBSERVACIONES

Esta Oda ha ejercitado á muchos traductores como Lista, Burgos, Pidal, Milá y Fontanals, y más la paciencia de sus lectores, según la crítica acerada del General Mitre, bien que muy juiciosa y erudita. Otros, como Jáuregui, la han parafraseado.

Como dije, me propongo ofrecer al lector las que pasan por dechados entre las traducciones existentes, y algunas declaradas *insuperables* por críticos competentes, aunque no infalibles.

Comienzo por colocar en este puesto de honor i preferencia la *Oda á la Nave* del General D. Bartolomé Mitre, el traductor más completo de Horacio que tenemos en América, y así daré una muestra, y de las más felices, de su método de traducción *ad litteram*, que yo no juzgo adecuado á su fin, y antes bien dañoso á la expresión poética y al efecto estético que se busca. Puede ser que me equivoque: otros dirán. Entre tanto, hé aquí la muestra ofrecida:

A la Nave

Que la Diva cipria reina
 De Helena hermanos los astros fúlgidos,
 Y el gran padre de los vientos,
 (Atando á todos menos á Zéfiro)
 Nave amiga te conduzcan,
 Cuando á Virgilio lledes al Atica,
 Y retornes, te lo ruego,
 Salva, la dulce mitad del alma!
 Fué de roble y triple bronce
 El duro pecho, del que en frágil barco
 A la mar se echó primero,
 Entre Aquilones y Africo raudos,
 Sin temer las tristes Hyades,
 Y en contra el noto rabioso, que árbitro,
 Ya subleva, ya apacigua
 Las bravas ondas del mar Adriático.
 ¿Qué peligro de la muerte
 Turba al que ha visto con ojos áridos,
 De la mar nadantes monstruos

Y escollos tristes de Acroceraunio?
 Dios en vano, con prudencia,
 Entre las tierras puso el Oceano
 Si la nave, impiamente
 Salta los límites que están fijados.
 Osa todo, audaz el hombre
 Y lo vedado nefasto viola:
 El sacro fuego trajo á las gentes,
 Japeto el hijo, que al cielo roba.
 Desde entonces nuevos males
 La tierra invaden, con fiebres pálidas;
 De la muerte el tardo paso,
 Fatal haciendo, su marcha rápida. (?)
 Ata nunca dada al hombre,
 Dédalo ensaya en el vacío aéreo;
 Y hasta fuerza el Aqueronte
 Con osadía, trabajo hercúleo.
 Nada es arduo á los mortales:
 Al cielo mismo, sufren insanos: (?)
 Ni permiten nuestros crímenes
 Deponga Jove su rayo airado.

BARTOLOMÉ MITRE.

II

A Pirra

(Lib. I Oda V)

Quis multa gracilis...

¿Quién es el grácil, perfumado mozo
 que en tu jardín, entre las rosas frescas
 te abraza, oh Pirra, y para quien sonriendo
 prendes gentil la rubia cabellera?

Ah! tendrá que llorar!... Ufano ahora
 se goza en tus halagos, y navega
 fiado, inocente, á las falaces brisas
 por el oscuro mar de las tormentas.

Cree en la lealtad de tus volubles votos,
cree inalterable la fortuna ciega...
¡Ay, mísero de aquel á quien deslumbras
fingiendo amor y vírginal pureza!

Yo, salvo de las olas, de Neptuno
llegué al votivo altar en la ribera,
y allí, en memoria del naufragio mío,
rota y húmeda aún mi veste cuelga.

A Pirra

(Bis)

¿Quién es ese mancebo presuntuoso
en líquidas esencias empapado,
que so el dosel umbroso
de tus tempranas rosas
te estrecha, dulce Pirra, enamorado?

Tú por él, placentera
ya despliegas tus artes seductoras,
y atas gentil la rubia cabellera,
y con candor fingido le enamoras.

¡Ay, inocente, entre tus redes preso,
cuán presto llorará su desengaño!
Mientras pendiente de tus labios rojos
se contempla en tus ojos,
con fiero estruendo y daño,
negros los cielos y la mar violenta,
llegará á sorprenderle la tormenta.

Compadezco al que absorto en tu hermosura,
deslumbrado, te cree constante y pura,
y su dicha sin término posible.

Ah! quien así procede no conoce
 ni de ese mar las brisas
 ni lo que anuncia su espejear temible!

En cuanto á mí, ya libre del naufragio
 al dios marino, en su pared sagrada
 agradecido cuelgo
 mi túnica mojada,
 y me retiro de la mar airada.

OBSERVACIONES

«De esta oda ha dicho Escalígero que es un puro néctar, y D'Acier, que es la más linda de las de Horacio, repitiéndolo Burgos, que la ha traducido ramplonamente.»—(*Mitre*).

Muchos son los poetas españoles que en todo tiempo la han parafraseado y traducido, y entre ellos Fr. Luis de León, Argensola, Francisco Sanchez, el *Brocense*, Villegas, Espinel, Burgos, y algunos americanos, como Batras y Montufar, Mitre, Arengo, Magnasco, etc.

Entre todas, la traducción de Menéndez y Pelayo ha sido elejida como «la mejor del mejor» para el «*Horacio traducido por ingenios españoles*». Razón es esta de sobra para que aquí la prefiramos, aún cuando no la creamos un dechado.

Héla aquí:

¿Qué tierno niño entre purpúreas rosas,
 Bañado en oloroso unguento,
 Te estrecha, Pirra, en regalada gruta,
 Cabe su seno?
 ¿Por quién sencilla y á la par graciosa
 Enlazas las flexibles trenzas?
 ¡Ay cuando lllore tu mudanza el triste
 y tu inclemencia!
 Mar agitado por los negros vientos
 Serás al confiado amante,
 Que siempre alegre y amorosa siempre
 piensa encontrarte.

¡Mísero aquel á quien propicia mires!
Yo libre de tormenta brava
Al Dios del mar ya suspendí en ofrenda
veste mojada.

M. MENÉNDEZ PELAYO.

III

Ad Republicam

ALEGORÍA

(Lib. I. Oda XIV)

O navis, referent in mare te novi fluctus.

¿Dónde te arrastran otra vez las olas?
¿Por qué te alejas del seguro puerto?
¿A dónde vas, oh Nave,
en alta mar, sin remos?

Cruje tu mástil por el viento herido
y gimen las antenas; ya te asaltan
y azotan tus costados
las impetuosas aguas.

Baten rotas tus velas, y tú, en vano
invocas á los dioses; ni los pinos
pónticos de do sales
te evitarán peligros.

Ni los lares pintados en tu popa
dan ánimo al piloto!... ¡Vuelve al puerto
si no quieres, cuitada,
ludibrio ser del viento!

Causa ayer de mí afán, hoy de mis votos,
 Oyeme: evita en los ciclados mares
 los nítidos escollos
 donde rompe en espuma el oleaje.

OBSERVACIONES

Esta alegoría contra la guerra civil ha tenido mala suerte, pues ninguna de sus muchas versiones al castellano ha merecido la aprobación de los críticos, ni en España ni en América.

Si la de Sanchez Barbero es ajustada al original, se la encuentra fría y sin valor poético: si la de Burgos se aparta del modelo, se dice de ella que es una paráfrasis sin la enérgica concisión horaciana. Lo mismo entre nosotros, los hermanos Amunáteguis, critican a Olmedo por infiel; mientras que Mitre juzga de la paráfrasis de Bello, que «no tiene nada de horaciana, como lo dice muy bien Menéndez y Pelayo, y es de un acentuado mal gusto literario.» Creo, á mi turno, que más merecen este juicio severo las traducciones á la letra, que no esta libre imitación de Bello. Juzgue el lector por las siguientes muestras, previniendo que en el *Horacio Español* se ha dado preferencia á la de Bello sobre las de los otros poetas entonces conocidos. Las traducciones del General Mitre se publicaron con posterioridad.

Oda XIV

Contra la guerra civil

Qué nuevas esperanzas
 al mar te llevan? ¡Torna,
 torna atrevida nave,
 á la nativa costa!

Aún ves de la pasada
 tormenta mil memorias
 ¿y ya á correr fortuna
 segunda vez te arrojas?

Sembrada está de sirtes
 alevés tu derrota,
 do tarde los peligros
 avisará la sonda.

Ah! vuelve, que aún es tiempo,
 mientras el mar las conchas
 de la ribera halaga
 con apacibles olas.

Presto, erizando cerros,
 vendrá á abatir las rocas;
 de náufragas reliquias
 hará á Neptuno alfombra.

De flámulas de seda
 la presumida pompa,
 no arredra los insultos
 de tempestad sonora.

¿Qué valen contra el curso
tirano de las ondas,
las barras y leones
de tu dorada popa?

¿Qué tu nombre famoso
en reinos de la aurora,
y donde el sol recibe
su cristalina alcoba?

Ayer por estas aguas,
segura de sí propia,
desafiaba al viento
otra arrogante prora.

Y ya, padrón infausto
que al navegante asombra,
en un desnudo escollo
está cubierta de ovas.

¿Qué? No me oyes? el rumbo
no tuerces? Orgullosa
descojes nuevas velas
y sin parar te engolfas?

¿No ves, oh malhadada
que ya el cielo se entolda,
y las nubes bramando,
relámpagos abortan?

No ves la espuma cana
que hinchada se alborota,
ni el vendaval te asusta
que silba en las maromas?

¡Vuelve objeto querido
de mi inquietud ansiosa;
vuelve á la amiga playa
antes que el sol se esconda!

[ANDRÉS BELLO.

Esta no es propiamente una traducción de Horacio, sino una pálida imitación diluida en mucha palabrería y conceptos heredados del siglo XVIII, de que Bello se emancipó más tarde por su talento, cultura y buen gusto literario, pues esta es una obra de su juventud que él después repudiaba. Cree Mitre que si el «Horacio de los ingenios españoles» le dió cabida en sus páginas, fué á falta de otra interpretación pasable de esta oda. Sea como fuere, no se puede desconocer el mérito relativo de la obra de don Andrés, que, á pesar de sus conceptos, lleva impreso el sello del autor, y encierra no pocas bellezas.

Veamos ahora la del General Mitre, que es palabra por palabra lo que dijo Horacio.

Oh, nave, que de nuevo al mar te llevan!
¿Qué es lo que haces? Retorna (al) firme puerto.
No ves ya tus costados
desnudos de sus remos,

Y tu mástil herido por el *Africo* (1)
gimiendo tus antenas? Ya sin cables,
podrá luchar tu quilla
contra imperiosos mares?

(1) Es tal el apego del autor al texto latino que llama el *Africo* al viento de África, que en castellano se dice el *Abrego*.

Tu velamen se encuentra desgarrado:
no hay dioses que invocar en el peligro,
aunque de noble selva,
eres pónico pino.

Nada valdrá, que el tímido nauclero
no fía en las pinturas de tu popa.
Cuida de que no seas
de los vientos la mofa!

Oh, tú! que fuiste objeto de mis ansias,
en otro tiempo, y ora de mis votos,
evita de las Cíclades
los espumantes, nítidos escollos.

B. MITRE.

IV

A **Aristio Fusco**

(Lib. I, oda XXII)

Integer vitæ, scelerisque purus.

I

Sea que escale las Caucásias cumbres,
sea que cruce las arenas Libias,
ó los lugares fabulosos donde
Rueda el Hidaspes,

El hombre justo, de conciencia pura,
no necesita de moriscas armas;
ni arco, ni aljaba de herboladas flechas
Sírvenle, Fusco.

II

Vagando inerte, de inquietud exento
por la sabina, solitaria selva,
salióme un lobo, cuando á tí cantaba,
Lálage hermosa;

Vióme y fugóse!...Tan terrible fiera
nunca la tuvo la guerrera Daunia,
ni el de Numidia, engendrador de leones,
suelo bravo..

III

Llévame, Fusco, donde el cierzo helado
seca las plantas, al confín del mundo,
donde la niebla y la ventisca odiosa
turban la vida;

Ponme do Febo con sus rayos hace
horno la tierra, y viviré seguro
mientras me escude con su dulce encanto
Lálage amada.

A Fusco

(Bis)

Fusco, do quiera que sus pasos guíe
El que es entero y en el alma limpio,
No necesita venenosas flechas
Ni armas moriscas;

Sea que escale las nevadas cumbres,
Sea que cruce la candente Libia,
O las regiones misteriosas donde
Corre el Hidaspe.

Así de un lobo en la Sabina selva
Pude sin armas libertarme un día,
Mientras cantaba en amoroso empeño
Versos á Lidia.

Y era tal monstruo cual no vió la Dacia
Nunca en sus bosques, ni lo ha visto acaso
La de leones nutridora y madre,
Tierra Numida.

Ponme en el clima donde nunca soplan
Auras gentiles, en el fin del mundo,
Campo de hielos y neblinas, donde
Viva aterido.

Ponme do el suelo como un horno ardiente
Mata la vida, y á mi Lidia hermosa,
Dulce en sus ojos y en sus labios dulce,
Siempre he de amarla.

OBSERVACIONES

Conozco de esta Oda cuatro versiones castellanas, una de D. Esteban de Villegas, á mi juicio la mejor, otra de D. Nicolás Fernández Moratín, la tercera de su hijo D. Leandro y la cuarta del General Mitre. Todas se aproximan al original y lo traducen más ó menos fielmente.

Lo que merece observarse es que el original mismo adolece de cierta incongruencia entre sus partes.

La 1.^a de éstas se reduce á una proposición equívoca, á saber: «el hombre de vida honesta no necesita salir armado por montes y desiertos.»

La 2.^a parte, refiere cómo el poeta iba descuidado por una selva cantando á Lálage, cuando salió un lobo que al verlo torció su camino, á pesar de ser una fiera espantable, más que los leones mismos de la Mauritania.

La 3.^a, dice que bien puede Fusco mandarlo al helado polo ó al suelo tostado por el sol, que él siempre amará la dulce risa y las dulces palabras de Lálage.

¿Qué encadenamiento, cuál relación posible hay entre estas partes?

¿Qué tiene que ver el hombre de vida honesta con el lobo que huyó del poeta al verlo? ¿Qué concomitancia hay entre esa fiera y el dulce sonreír de Lálage?

Yo no sé explicarlo; pero sí sé que nada de esto puede cargarse á la cuenta de las buenas transiciones horácianas.

La composición se reduce á decir, «Sea cual fuere el clima que me albergue siempre amaré á Lálage.»

Para darle unidad y encadenamiento entre las partes, menester es que, si la composición se encamina á encarecer el amor del poeta por Lálage, comience hablando del amor, para preparar la conclusión que al amor se refiere.

Podría ser así: 1.º Quien vive amando no necesita de armas, donde quiera que mueva sus pasos el amor lo acompaña y protege.

2.º Yo lo he experimentado: pasaba por la selva Sabina cantando á Lálage y un lobo me cerró el paso; pero, huyó de mí, aún cuando era una bestia brava como no se habrá visto otra igual ni en la Numidia, tierra de leones feroces.

3.º Lléveme la suerte á las regiones heladas, ó aquellas otras caldeadas por un sol á plomo, y sin pensar en incomodidades ni peligros sin necesidad de guarecerme, soñaré contigo, mi Lálage siempre amada, y seré invulnerable.

Más adelante daré esta Oda reformada como queda dicho. Antes transcribiré la de Moratin, el padre, y en seguida la del hijo, que pasan por las mejores, aunque yo, como dije, prefiero la de Villegas.

A Aristio Fusco

El de la vida, Fusco, religiosa
Ni dardos usa, ni moriscos arcos,
Ni de la aljaba llena de saetas
Envenenadas.

Ó por las sirtes cálidas camina,
Ó por el alto Cáucaso desierto,
Ó por la tierra donde fabuloso
Corre el Hidaspe.

Mientras inerte la sabina selva
Cruzo cantando á Lálage, distante
Ya de mi quinta, de mi vista un lobo
Fiero se aparta.

Monstruo que nunca Daunia belicosa
Vió más terrible en dilatados bosques
Ni Mauritania, de leones bravos
Árida madre.

Ponme en los campos frígidos á donde
Ninguna planta goza el aura estiva,
Término al mundo, que la niebla y vientos
Sufre malignos.

Ponme debajo del vecino carro
 Del sol, en tierra de habitar negada,
 Serás mi amada, ¡Oh Lálage! que dulce
 Cantas y ries.

NICOLÁS F. MORATÍN.

Que la virtud nada teme

El que inocente
 la vida pasa,
 no necesita
 morisca lanza,
 Fusco, ni corvos
 arcos, ni aljaba
 llena de flechas
 envenenadas,
 ó las regiones
 que Hidaspe baña,
 ó por las Sirtes
 muy abrasadas,
 ó por el yermo
 Cáucaso vaya.

Yo la Sabina
 selva cruzaba
 cantando amores
 á mi adorada
 Lálage, libre
 de afán el alma,
 por muy remoto
 sitio sin armas:
 y un lobo fiero
 me ve y se aparta.

Monstruo igual suyo
 no tiene Daunia
 en montes llenos
 de encinas altas,
 ni los desiertos
 de Mauritania
 donde leones
 y tigres braman.

Ponme en los yertos
 campos, do el aura
 no goza estiva
 ninguna planta,
 lado del mundo,
 región helada
 que infestan vientos
 y nubes pardas;
 ó en la que al rayo
 del sol cercana
 de habitaciones
 carece y aguas;
 Lálage siempre
 será mi amada,
 dulce si rie,
 dulce si canta.

LEANDRO F. DE MORATÍN.

En el mismo metro he compuesto esta variante:

I

El que sencillo
vive sin tacha,
no necesita
moriscas armas,
arco, ni flechas
emponzoñadas,
sea que huelle
las cumbres canas,
ó que entre sirtes
perdido vaya;
ya trepe el Alpe,
ya esté en Sahara,
ya pise el suelo
que Hidaspe baña.

II

Yo ayer el bosque
feliz cruzaba,
cantando á Lelia,
la niña amada,
y derrepente
ví que se aizaba
delante un lobo!...
Mira, se aparta,
luego se aleja
por la enramada!...
Fiera más fiera

no la hay en Daunia,
que es nutridora
de bestias bravas;
ni entre los montes
de Mauritania,
la de leones
madre africana.

III

Ponme en los yermos
donde del aura
tibia, no goza
ninguna planta;
al fin del mundo,
región helada
de ventisqueros
y nieblas pálidas.
Ponme en el suelo
que el sol abrasa,
horno viviente
de ardiente llama;
y en donde quiera,
Fusco, que vaya,
la dulce Lelia,
mi dulce amada,
siempre el encanto
será de mi alma.

Conforme a la interpretación mía, manifestada poco más arriba, he compuesto la siguiente variante de esta Oda:

A **Aristio Fusco**

(Reformada)

I

Quien vive amando, de maldad exento,
 No necesita de moriscas armas;
 Manso, no pone envenenadas flechas,
 Fusco, en su aljaba.
 Pasa soñando, sin sentir, las Sirtes,
 Pasa del Tauro la fragosa cumbre,
 Pasa los llanos que el Hidaspe riega,
 Siempre sonriendo.

II

Yo mismo un día en la Sabina selva
 Cantando á Liris descuidado erraba,
 Vino á mí un lobo, sorprendióme inermé...
 ¡Fuése al mirarme!
 ¡Nunca los robles de la Daunia brava
 Vieron tal monstruo, ni las rudas breñas,
 Hijas del Atlas, que leones nutren!...
 ¿Quién me ha salvado?

III

¡Su dulce imagen!... Si me veo un día
 Entre los hielos donde el Boreas nace,
 Al fin del mundo y entre oscuras nieblas
 Yerto de friol!
 Ó si me encuentro donde el sol á plomo
 Tuesta la tierra, su inefable imagen
 Fuerzas daráme... ¡Enamorada y bella,
 Vea á mi Liris,
 Y eso me baste!

V

A Cloe

(Lib. I. Oda XXIII)

Vitas hinnulo me similis, Cloe.

Ó Cloe, me pareces cuando fugas
 en busca de tu madre, la asustada
 tímida cervatilla que en el bosque
 tras de la cierva y en su alcance pasa.

Todo la asusta: si las hojas suenan,
 si salta algún lagarto, ella se espanta,
 y tiemblan sus rodillas y atropella,
 tras de la madre, las espesas zarzas.

Yo, cuando voy tras tí, sencilla Cloe,
 no soy león que á devorarte avanza...
 Oye; deja á tu madre, que ya es tiempo...
 ¡la hora de las nupcias te reclama!

OBSERVACIONES

(Lib. I. Oda XXIII)

Poco ha tentado á los traductores esta Oda al parecer sencilla, dedicado reclamo de amor á una muchacha núbil. Mitre no la incluye en su colección.

En el «Horacio de los ingenios españoles» se da preferencia á la de Burgos, hecha en un romance octosílabo que nada tiene de sobresaliente. Preferimos la del poeta chileno D. Narciso Tondreau, que se ajusta bastante al original, traduce el pensamiento de Horacio y se lee con agrado. Dice así:

Huyes, Cloe, de mí, cual corzo tímido
 que á su espantada madre va siguiendo
 por entre el bosque oscuro, y que se asusta
 al ruido de las hojas y del viento.

Si el aura de naciente primavera
bate las ramas, ó el zarzai espeso
mueve el verde lagarto, sus rodillas
tiemblan al par que su agitado pecho.

Yo no te busco cual su presa el tigre
ni como de Getulia el león hambriento,
quiero decirte que á tu madre dejes
y que un esposo busques, pues ya es tiempo.

NARCISO TONDREAU.

El tema se presta al género leve y sencillo de la anacreóntica, como puede verse en la siguiente muestra en hexasílabos:

Cual la cervatilla
que va apresurada
tras la madre huyendo
por entre las matas,
que todo la asusta,
que todo la espanta,
el mirlo, el lagarto
y el viento y las ramas,
así tú me huyes,
así te me escapas
y vas tras tu madre
desasosegada.

No soy león hambriento,
no soy tigre hircana,
que por devorarte
siga tus pisadas.
Soy tu amigo, Cloe:
oye una palabra,
te diré en secreto
que en sazón te hallas;
que es tiempo que dejes
las maternas faldas
por un tierno joven
que ya te hace falta.

D. Juan Monserrat y Archo, tradujo esta pequeña Oda insinuante del latín al catalán, y todo lo que es de difícil pasar de una lengua sintética á una analítica, resulta fácil y hacedero el traslado si se trata de dos lenguas de la misma naturaleza, y más si son afines entre sí en el grado de las peninsulares. Al correr de la pluma he traducido de Monserrat, introduciendo de paso ligeras variantes, que no perjudican ni impiden ver cómo el poeta catalán interpreta á Horacio. Dice así:

De mí te apartas, Cloe,
tal como la cervata,
que en busca de la madre
á toda prisa escapa.
Teme los vagos ruidos
del bosque y de las auras
cuando la Primavera
rebulle entre las ramas;
y si un lagarto, súbito
ajita la hojarasca

las piernas se le doblan,
tiembla hasta las entrañas.
Aguarda, no me huyas;
no soi la fiera hircana
que te imaginas, Cloe,
cuando de mí te espantas!...
Sólo decirte quiero,
fruta en sazón, preciada:—
¡deja á la madre y sigue
al hombre que te ama

VI

A Venus

(Lib. I. Oda XXV)

Ó Venus regina.

Reina y señora de Gnido y Pafos,
Tu delicioso nido cipreo,
Deja, y acude donde te invoca
Glicera bella, quemando incienso.

Contigo el ciego Cupido vaya,
Vayan las Gracias, los cintos sueltos,
Vayan las Ninfas, y al par con ellas
Juvencia loca | y Hermes discreto.

OBSERVACIONES

Esta oda brevísima y graciosa, ha sido menospreciada ó temida por los traductores, siendo poquísimos los que se le han atrevido. Sólo dos conozco: Mitre, que la traduce á la letra, y Burgos, que la presenta diluída, pero con más gracia. Daré ambas muestras.

O Venus, reina de Gnido y Pafos,
Deja tu Chipre; ven, que te invoca,
En bella estancia, Glicera bella,
Con mucho incienso.

El niño férvido, venga; y las Gracias
 Con cintos sueltos, y Ninfas rápidas;
 Y con Juvencia, sin tino grata,
 Venga Mercurio.

B. MITRE.

Burgos se expresa en esta otra forma:

Reina de Pafos y Gnido
 deja tu Chipe amada,
 y ven do mi adorada
 te llama con fervor.
 Do en tu honor encendido
 incienso arde oloroso:
 contigo venga hermoso
 el rapazuelo Amor.
 Las Gracias, descendida
 la túnica, tus huellas
 sigan, y marchen de ellas
 las Ninfas a la par;
 y Juventud puída,
 si amor la inflama ardiente
 y Mercurio elocuente
 te sigan al altar.

J. DE BURGOS.

Quien debe seguirla no es *Mercurio elocuente*, sino *Hermes*, o *Mercurio silencioso y discreto*, que esa fiesta del placer juvenil pedía la dis-
 creción de un dios.

VII

A la Lira

(Lib. I, oda XXXII)

Foscinus!

Lira, cantemos! Si jugando ocioso
 Fáciles versos me dictaste, ahora
 Alza mi canto y sus latinas voces
 Venzan al tiempo.

Tal como al Lesbio que estrenó tus cuerdas,
 Himnos le diste en el combate, y cuando
 Vuelto á sus playas la cansada prora
 Daba á la arena;

Así yo á Baco y las celestes Musas,
 Así yo á Venus y su niño alado
 Y á Licio el de ojos y cabellos negros,
 Cante contigo.

¡O Lira, á Jove y al Olimpo grata,
 Gloria de Apolo, de mi vida encanto,
 Oye, si digno tu favor pidiere,
 Séme propicia!

OBSERVACIONES

La oda á la Lira, invocación sagrada en opulentos sáficos, es de muy difícil translación al castellano por su construcción latina especial, de largo giro, que, por impropio de nuestra lengua, tenemos que eludir y reemplazar artificiosamente.

Hay traducciones de Lista y de Burgos; pero, aquí presentaremos la del guatemalteco don J. J. Michao, por ser la que se incluye como modelo en el «Horacio de ingenios españoles,» y por estar recomendada como «insuperable» por el doctor Magnasco, literato argentino dado al estudio de la antigüedad clásica, y muy buen traductor de Horacio.

Lira sonora, con quien pude un día
 de ameno prado en la quietud contento
 al fresco viento, reposar tranquilo
 plácidas horas...

Ven á mis manos, y en cadentes ritmos
 Haz que mi canto se remonte al cielo,
 y acá en el suelo que inmortales sean
 haz sus acordes.

Tú, que pulsada con ardiente numen
 fuiste en un tiempo de feliz memoria,
 cuando la gloria coronó tu frente
 lésbico cisne.

